

innovador que ha vuelto á poner en tela de juicio los grandes problemas del Derecho. Respecto al Literario, yo creo que la literatura, en cuanto arte, es refractaria al espíritu de asociación. Si algo distingue al arte, es su independencia é individualismo autocrático: nota característica, que abre un abismo entre el arte y la ciencia, entre lo bello y lo útil. ¿Qué perfeccionamiento caleológico puede dar de sí un Congreso Literario? Confieso humildemente que por más que limpio el cristal de los lentes no lo distingo. Veo, en cambio, que un Congreso Literario puede servir para algo muy análogo á la utilidad de los títulos académicos; para que, así como hay quien es abogado... por el título, haya quien se gradúe de literato... por el Congreso, nada más que por el Congreso. Todo esto lleva fatalmente (y no soy yo sola quien lo afirma) al uso de uniforme, al encasillado, á la jerarquía externa, á mil cosas que serán todo menos *literatura*, en el único sentido admisible de la palabra. Llamáranle, enhorabuena, "Con-

greso para discutir las cuestiones prácticas que se relacionan con el ejercicio de las letras,, y entonces nos entenderíamos y aprobaríamos. Porque el derecho constituyente literario no es cosa que tenga nada que ver con el parlamentarismo...
¡A Dios gracias!

* * *

En cuanto á los Congresos de Libre-pensadores y de Espiritistas... Para hablar del primero empiezo por colocarme en la posición mental que adoptaría si yo fuese un librepensador como una loma. Y digo que después de ser un librepensador como una loma, no concibo asociarme á otro ú otros librepensadores de igual, menor ó mayor tamaño, para ningún fin que del librepensamiento dependiese.

El encasillado me sería aborrecible, y aborrecible debe ser para los librepensadores, aún más que para los católicos. Tampoco me parece cosa de parlamenta-

rismo este *quid* del librepensamiento. Poética es la duda, ese sudor de sangre del alma, en las horas de solitaria congoja, mientras todos duermen y sólo vela una conciencia transida de pavor ante lo infinito: pero, ¿comprendéis que al toque de la campanilla presidencial se levante un orador y suelte al auditorio una paráfrasis en prosa de *La visión de Fray Martín* ó traduzca algunas páginas de Ernesto Renán? Hay, á mi ver, un pudor del espíritu, sentimiento noble y casto, que impide rasgar el velo de las conciencias. Las personas consideradas rehuyen hablar de religión. He aquí por qué un Congreso de librepensadores no lo veo yo como cosa ni mala ni buena, sino, ante todo, como cosa de mal gusto, de poca sindéresis...

* * *

El Congreso Espiritista ha sido el que más ha regocijado á los concurrentes. Ya saben mis asiduos y bondadosos lectores

la rabiosa envidia que profeso á toda persona que está en relación directa con el mundo sobrenatural, preternatural, peri-espiritual, ó como se llame ese mundo en que ocurren cosas tan asombrosas como delicadas y sutiles. Lo de espiritualizar la materia no es grano de anís. A mí declaro que me gustaría. Conversar con los espíritus de Isabel la Católica, de Santa Teresa, de tantas y tantas señoras ilustres y caballeros sapientísimos, me parece anticipación del cielo. Como que si en el cielo sólo encontrásemos á los bobos y á la gente vulgar, diríamos que le faltaba al cielo la mejor sazón de sus beatitudes. He aquí por qué envidio á los espiritistas, que parrafean, si les viene en voluntad, con lo más granado del otro mundo, sin que se lo impidan circunstancias que á veces estorban la comunicación con los vivos ilustres. ¡Ah! Eso de los espíritus promete mucho. Ahora está en sus albores.

Cuando se haya demostrado y convencido á los incrédulos, espero que también

á mí me tocará el rayo de la fe, y gracias á ella saldré de varias incertidumbres históricas que me fatigan mucho. Verbigracia, evocaré el espíritu de Dido, y averiguaré si en efecto vivió cien años antes que Eneas, y si todo el episodio de la espelunca fué calumnia poética del cisne mantuano.

Realmente los festejos dejan que desear, sobre todo si tomamos en cuenta la excepcionalísima trascendencia del suceso que conmemoran y celebran. Bien sé que no somos ricos y que no podemos echar plantas; pero ya dijo el Apóstol que no todos los días son iguales. Hay compromisos y ocasiones en que es fuerza quedar bien, aunque sea empeñando las joyas, como dicen si hizo ó no hizo la Católica Reina.

En circunstancias tales como las presentes, me gustaría á mi disponer de unos cuantos millones para tirarlos por la

ventana, habiendo derrochado primero todas las fuerzas del cerebro en discurrir ó inventar algo muy grande, muy estético, muy popular á la vez: algo que desentumeciese á la gente, que la llevase á manifestar de un modo expansivo y franco eso que tanto escasea hoy,—regocijo público, la verdadera alegría de las muchedumbres, arrancadas una vez en la vida á las penalidades del trabajo y á las restricciones de la pobreza, y convidadas á una fiesta que graba en su memoria una fecha y una idea tan esencial y profundamente humana como el Descubrimiento y la reunión de los dos mundos.

Este jubileo es melancólico, porque es un jubileo de escogidos, de aristocracia intelectual. Echo de menos al pueblo: quisiera verle y oírle; quisiera que se desbordase, cantando, bailando, lleno de cordialidad; quisiera ver en las plazas públicas fuentes de leche y vino, y en cada calle un puesto donde gratis se repartiesen los frutos de la tierra y las flores de los jardines, y en los paseos inmensas lo-

terías gratuitas en que la suerte, risueña y juguetona, repartiase el cigarro, el libro, la prenda de ropa, el mueble necesario, lo que solaza, lo que enseña, lo que conviene, lo que dilata de placer el corazón de la familia... ¿Qué lindo sueño, verdad? Ciertamente no podemos decir, ni aun en verso, que

«Madrid, castillo famoso
que al rey moro alivia el miedo,
arde en fiestas en su coso...»

Ni en su coso, donde que yo sepa no se piensa dar ninguna corrida gratuita, ni en los demás lugares que comprende su circuito hierve en fiestas Madrid. Porque los Congresos, conferencias y veladas serán muy buenos, quien lo duda... Lo que no son es fiestas.

Y fiestas, fiestas propiamente dichas, tampoco las hay para la crema ó *élite*. Me represento la situación moral de un

extranjero ilustre, deseoso de conocer la sociedad madrileña y que encuentra las puertas cerradas; de un extranjero, que apenas se llevará, como recuerdo de la hospitalidad española en momento tan solemne, dos ó tres tarjetas con el pico doblado, y algunos pases gratuitos para Exposiciones y Museos. Acaso el instinto de sociabilidad herido y ciertas legítimas curiosidades defraudadas les obliguen á ir diciendo perrerías de nosotros...

Entre los extranjeros cuyo nombre era para mí más familiar, figuran los portugueses Ramalho Ortigao, Bordalho Pinheiro y Pinheiro Chagas y los americanos Ricardo Palma y Rubén Darío.

Ramalho Ortigao se cuenta entre mis autores predilectos desde que cayó en mis manos un tomo de sus *Farpas*. No vacilo en decir que en España carecemos totalmente de un escritor de la índole especial de este insigne portugués. Ra-

malho es un artista en la forma, pero la forma en él es cosa secundaria, un instrumento perfeccionadísimo, acicalado, cortante, que llena un fin. Las *Farpas* de Ramalho son obra social, el verdadero *teatro crítico* de su pueblo y su nación.

* * *

La monarquía y el Gobierno; las Cámaras y la administración; la instrucción pública y el ejército; la literatura y las costumbres; la higiene y la estética; la política y el arte... todo, todo lo estudia y lo analiza Ramalho, ya con ironía mordicante, ya con indignación elocuente, ora con irrefragable buen sentido, ora con elevada aspiración, superior probablemente á lo que pueden dar de sí los tiempos y las circunstancias. Su ideal es un ideal sajón, de calma, de salud, de fortaleza, de seriedad, de felicidad doméstica y de iniciativa en las colectividades. Para el cuerpo mucho *beefsteack*, para la piel mucho jabón y agua fría, y

para el alma mucha cultura. Claro está que á realizar este programa no se encuentran preparadas aún las naciones neolatinas. Ramalho ha sacado una curiosa estadística de la cantidad de carne que come cada portugués, y creo que viene á tocarles algo así como un kilo mensual por barba. Malo, malo, sin duda alguna: sería preferible la ración de un kilo cada cuarenta y ocho horas. Pero estas razas meridionales, no lo dude el ilustre autor, han realizado sus mejores proezas, han escrito las páginas más brillantes de su historia, cuando probablemente no comían ni el miserable kilo; cuando las alimentaban las legumbres del ascetismo y el divino *haschich* de los sueños.

Ramalho, ¿es un satírico? Sí, pero un satírico sin librea ni cascabeles: en serio y con intachable delicadeza y aticismo. No porque no se haya encasquetado la colorada monterilla del bufón, deja de ser realmente satírico Ramalho: pero es el satírico de hoy, de las sociedades ya educadas, á quienes repugna la lucha á

mordiscos y á puñadas y las agresiones á navajazos, y que aplauden en cambio al diestro tirador de florete, correcto, sereno, elegante en su actitud. Dura y cruel, concreta y directa como es la crítica de Ramalho, á nadie se le ocurrirá clasificarle entre los libelistas. Lo que el hombre civilizado debe respetar, Ramalho, no sólo lo respeta siempre, sino que lo venera. En ese género tiene un artículo admirable, que versa sobre el hecho de haber detenido la policía á un mendigo que pidió limosna á S. M. la reina de Portugal. Por eso he dicho que no conozco en España ningún escritor comparable—desde este punto de vista—á Ramalho. Tengo que añadir que acaso el público portugués se diferencia en este punto del nuestro. La independencia totalmente individual con que escribe Ramalho, que se diría que no tiene ni amigos particulares, ni partido político, le hubiese dejado en España aislado, solo, y le hubiese cerrado estrepitosamente las puertas. Aquí no se puede tocar á la ma-

rina, y todo es marina, pardiez; todo es marina inviolable. A Ramalho no se le ha cerrado puerta ninguna. ¿Habría en Portugal mejor sentido de lo que parece deducirse de la lectura de las *Farpas*?

* * *

Pinheiro Chagas es el gran orador y escritor que todos sabemos. Bordalho el caricaturista y el *ceramista* de Caldas da Rainha: un elemento integrante de la vida artística é industrial portuguesa, como lo es de la intelectual mi excelente y querido amigo el doctor Bernardino Machado. Otros portugueses de cuenta: Guimaraes, Magalhaes Lima, Renato Baptista, Motta Prego, Dámaso Reis, forman el lucido contingente que esta nación hermana nos envía.

* * *

Ricardo Palma, el limeño, no es muy conocido en España, y, sin embargo, ma-

neja nuestro idioma como un maestro. Sus *Tradiciones* huelen á Jerez rancio; la vieja savia española aromatiza sus páginas. Es además Ricardo Palma una personalidad muy curiosa. Según sus biógrafos, estudió jurisprudencia, y resultó ser marino; dióse á las faenas de este oficio, y se halló poeta. De los campos de batalla pasó á la serenidad de la Biblioteca Nacional. Combatió la dominación española y la acata en las letras como pocos americanos, pues es difícil hallar otro más castizo.

Rubén Darío, por el contrario, rinde culto á los dioses de la Galia y la Germania. Su indudable inspiración poética procede de Musset y de Heine. Dicen que al joven poeta le enoja esta afirmación. En mí no debe enojarle, porque yo creo que de todos los viejos moldes poéticos, los más viejos son los de nuestra lírica, y que todos los grandes y originales poetas modernos de España—Campoamor, Becquer, Bartrina—tienen en mayor ó menor grado ese indefinible aireci-

llo exterior. Nuñez de Arce y Zorrilla son los más genuinos, pero son, en primer término, poetas de la forma. Los del *fondo*, los del alma lírica, no pueden acaso ser enteramente españoles.

También se encuentra aquí un escritor griego, un griego de la Grecia de ahora, un heleno. Se llama Bikelas, y yo había leído, por mejor decir, saboreado, algunas de sus lindas novelitas. Salud á nuestro colega de la tierra magna, Grecia. Su nombre es sagrado. El Sr. Bikelas asegura,—y no lo dudo,—que ahora empieza Grecia á volver por su antiguo nombre.





INDICE DE LIBROS RECIBIDOS

BIOGRAFÍA

Indianos cacereños.—Notas biográficas de los hijos de la alta Extremadura que sirvieron en América durante el primer siglo de su conquista, por D. Publio Hurtado.—Un tomo.—Barcelona, 1892.

CRÍTICA Y CIENCIAS

Las ideas pedagógicas modernas, por Adolfo Posada, profesor en la Universidad de Oviedo.—Un tomo.—Madrid, 1892.

Las novelas del Sr. Villaverde, por Martín Morúa Delgado.—Folleto.—Habana, 1892.

Estudios pedagógicos, por D. Agustín Sardá y Llaberia, profesor en la Escuela Normal Central.—Un tomo.—Madrid, 1892.

HISTORIA

Conferencias históricas y científicas del Ateneo de Madrid.—Gobierno de Fray Nicolás de Ovando en la Española, por D. Cándido Ruiz Martínez.

La flora americana, por D. Máximo Laguna.

Descubrimiento de la Oceanía por los españoles, por D. Ricardo Beltrán y Rózpide.

El virreinato de Méjico, por D. Enrique de Aguilera y Gamboa, marqués de Cerralbo.

Misiones guaraníticas.—Pinceladas históricas, por R. Monner Sans.—Un tomo.—Buenos Aires, 1892.

